

«Para los jóvenes solo existe lo que pueden vivir»

UNA ENTREVISTA CON ROLANDO CALLE, S.J* POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

¿Podrías dar una visión panorámica sobre el significado que tienen para los jóvenes las recientes elecciones presidenciales en el Perú, el Brasil y el Ecuador?

Lo que veo es que la gente joven está planteándose su vida misma desde otros presupuestos completamente diferentes. Nosotros, el *establishment*, les estamos exigiendo que tomen con seriedad las elecciones, pero parece que para los jóvenes no es importante plantearse en esos términos el futuro de América Latina. No sé si tienen claro cuáles son los términos que quieren plantearse. Para mí, es importantísima la parte educativa, porque cuando se les explica a los jóvenes lo que es la educación, la gran mayoría de ellos se da cuenta de que es crucial. Hoy, los jóvenes están más conscientes que nunca de que hay estudiar durante toda la vida. Estoy hablando de los jóvenes urbanos, con los que tengo contacto. Los jóvenes rurales también saben de la importancia de la educación. Para ellos, el planteamiento no es este político o el otro. Para ellos, es educación para el trabajo, no necesariamente para ganar dinero, sino para vivir una vida decente, un trabajo que les guste, que les permita tener una familia que no se muera de hambre, una vivienda decente y nada más. Cuando uno les plantea la cuestión del país, se echan para atrás y hacen una mueca como preguntando de qué país estás hablando.

Nuestra generación se la jugó por la idea de la revolución. ¿Qué idea de cambio social tienen los jóvenes de ahora?

No sé si ellos están pensando en arrasar con todo lo que existe en los mismos términos, con la misma connotación que tenía para nosotros. Porque cuando nosotros decíamos «arrasar», pensábamos en una revolución. Lo de Cuba estaba tan fresco. La revolución de El Salvador, la de Nicaragua nos marcaron. Ellos quieren deshacerse de los partidos políticos, de los planes quinquenales o de país. Los jóvenes viven en un mundo de continuo cambio. Nada es permanente para ellos.

* Jesuita ecuatoriano, especialista en temas de comunicación y juventud.

¿Qué es lo que les interesa?

Les interesa el hoy y hasta el mediodía de mañana. Porque ellos saben que el resto va a cambiar tanto, que ya se verá. No hacen planes a largo plazo. Ven que es imposible prever lo que va a suceder. Tienen un sentido del cambio y de que las cosas cambian a una velocidad increíble y, por lo tanto, no hay certezas. Han aprendido a vivir sin esas certezas. A nosotros se nos hace difícil pensar así. Les estamos pidiendo que tomen una decisión y no la toman. Para ellos, los cambios son cosa de todos los días y no pueden comprometerse a nada. Además, para nosotros el compromiso era algo que pensábamos muy bien.

La propia palabra «compromiso» pesaba.

Pensábamos y analizábamos la palabra misma. Era un proceso muy intelectual, racional, abstracto, de manejo de conceptos de acuerdo a la lógica del santo padre Aristóteles. Un análisis conceptual y racional de la vida de uno, de lo que uno quería hacer de acuerdo a lo que tenía como persona, como recursos, como país. Los jóvenes de ahora no son así. No comienzan su contacto con la realidad a través de la razón o por el concepto abstracto; comienzan por la sensibilidad, por la experiencia que han vivido. La vivencia es la que les sugiere ciertas direcciones, pero no son ni direcciones ni planes completamente analizados. Te da una especie de inclinación medio irracional, pero más del corazón que de la mente para hacer ciertas cosas.

¿Los jóvenes están más informados de lo que estábamos nosotros o tienen una información muy precaria a pesar de la tecnología? Esa experiencia vivida, ¿es muy amplia o es local, más bien pobre?

Para ellos, esa experiencia comienza con la subjetividad absoluta. Se les está borrando la diferencia entre subjetividad y objetividad, impuesta por Occidente durante más de veinte siglos. Una cosa es el intelecto que debe guiar la vida y otra cosa es la sensibilidad. El mundo de los jóvenes es básicamente subjetivo. Lo que ellos experimentan, lo que han vivido, lo que han visto, es lo que manda, y desde ahí construyen su mundo. Ellos han visto mucho más que nosotros, con todos los medios tecnológicos que están disponibles. Para ellos, eso es parte de su vivencia, no es parte de la objetividad.

Sin embargo, la idea del gueto de la ciudad norteamericana, del pueblo joven en Lima, del barrio clasemediero como anclas, es muy fuerte. ¿Esa sería la experiencia casi intransferible, o tienen una visión más amplia?

Quienes investigan sobre juventud hablan de estos grupos urbanos suprageográficos. La música, por ejemplo, une a jóvenes que pueden estar en Ciudad del Cabo, Nueva York y Lima. Sienten de una manera similar y priorizan cierto tipo de sensibilidades que los hacen hermanos, miembros de un mismo clan. La música está ligada a la manera de vestir, a los valores ante la sociedad, a la manera como forman grupo, a valores que pueden ser hasta racistas, como los cabezas rapadas, que tienen una cierta clase de música, se visten de una determinada manera y están en muchas ciudades del mundo. Parecería que la música los une. El joven hoy, que tiene ante sí tantas posibilidades, tanta diversidad de información para escoger lo que le da la gana, escoge un cierto ambiente, un cierto conglomerado de valores, de sensaciones y se va por allí y es capo en ese ambiente. Pero para ellos ahora es más difícil la mirada global, la mirada suprageográfica que vaya más allá de sus clanes, de su experiencia inmediata. Son pocos los jóvenes que pueden tener una mirada así, y los pocos que he encontrado son jóvenes que leen mucho y que se han metido en el mundo de la palabra, del concepto, de la razón, más que de la sensibilidad.

En el Perú, la educación está sumida en una profunda crisis. La educación peruana es mala. Los escolares con las justas entienden lo que leen. ¿Quiénes hacen esos juicios? ¿Podemos creer en esos estudios? ¿Los hacen los adultos desde otra óptica?

Esos estudios están hechos desde la óptica de una educación que hemos heredado desde hace siglos. Una educación fundada en la racionalidad, en la matemática, en la lectura. Cuando encontramos a gente que no sabe leer o no sabe matemáticas, nos asustamos y concluimos que la educación no vale. Yo concuerdo en que la educación está mal. Creo que hay una crisis enorme de la educación, pero no necesariamente porque esos índices expliquen la verdadera crisis, sino porque estamos enfatizando en una educación con unos presupuestos que ahora ya no podemos sostener. La cuestión de los lenguajes, por ejemplo. Hemos pasado de un lenguaje más conceptual a otro de sensibilidades, y la educación hay que hacerla desde la sensibilidad.

¿En qué sentido?

En el lenguaje poético. La palabra que suena y la poesía misma son una sola cosa. No puede haber poesía si no suena la palabra. Para los jóvenes solo existe lo que pueden vivir, o sea sentir. El joven no se compromete a casarse con nadie si no lo ha experimentado antes. La sensibilidad está en el centro de nuestras relaciones culturales, por lo menos de nuestra juventud urbana.

¿Cuán funcionalmente viven en un mundo que no es cien por ciento así?

Si decimos que son disfuncionales porque no se pueden comprometer a seguir una carrera, tenemos que saber que funcionan con la vivencia. Lo lógico sería hacer que primero experimenten y luego decidan. Les estamos llamando disfuncionales de acuerdo con los términos que nosotros habíamos puesto en nuestro mundo racional.

Pero de todas maneras hay una frustración. El matrimonio, por ejemplo; lo puede probar, experimentar y luego no funciona. Las cosas dejan de funcionar más rápido que antes.

Estamos viviendo en un mundo que cambia rápidamente. Todo cambia, todo es provisorio.

Podemos decir que la familia pasa por momentos de cambios constantes y que no se adecúa necesariamente a esta época.

Cuando acaba el Imperio Romano viene el Medioevo, y la Iglesia se consolida como una institución importante. Y está consolidada alrededor de un lenguaje conceptual, a pesar de que Jesucristo no fundó una iglesia basada en ese lenguaje, sino que manejó un lenguaje poético. La Iglesia se consolidó como institución en tiempos de un lenguaje conceptual; la palabra, el dogma, fue lo esencial en la iglesia. Y todo se constituyó alrededor de los concilios. Se peleaban y se mataban por cambiar una palabra por otra. La Iglesia se organizó por medio de la palabra y del concepto. En el Vaticano de hoy, los que tienen más poder son aquellos que están vigilando las palabras que se dicen en la Iglesia y a quién se desvía del concepto aceptado o de la palabra aceptada. Ahí radica el poder. Durante años, el Papa actúa ha trabajado en eso y su oficina era la más importante del Vaticano. Si analizas a la Iglesia, todo está

organizado para guardar la palabra, para que se entienda la palabra como se quiere, y para que se repita esa palabra en seminarios, en catequesis. De ahí la importancia de todos los instrumentos de la Iglesia. La teología está sustentada alrededor del dogma, la dogmática de la palabra. Ese ha sido el gran tesoro de la Iglesia, pero no el único.

Volviendo a lo de la familia, se trata de una vivencia. No hay en el ser humano un ámbito más vivencial que la relación de pareja. Pero desde la Iglesia nos hemos aproximado a esa realidad desde la racionalidad, desde el concepto, y no desde una pastoral espiritual.

La Iglesia ha tenido una relación de control frente al cuerpo. El carnaval sería la figura más perturbadora.

La cosmovisión eclesial estaba dividida en cuerpo y alma. Y así fue en Occidente hasta el siglo XVI-XVII. Cuando se nos desgastó esa mirada, ese lenguaje conceptual puramente racional, comenzamos con la ciencia moderna que, en lugar de partir de los dogmas, de los grandes principios aristotélicos de los que podías ir deduciendo todo lo demás, los científicos fueron a la naturaleza. Y con el lenguaje científico se acabaron los grandes principios. Se rompió con el concepto de alma y cuerpo y se pasó al concepto de cuerpo y mente. Y Dios no entró en esa racionalidad científica de los últimos cuatro siglos.

¿Se trata de una juventud más cercana a lo visual que a la palabra escrita?

No creo que haya una oposición entre la imagen y la palabra. Ambas son parte de nuestro mundo, del mundo de los jóvenes. Te puedes aproximar a la palabra con una mentalidad muy visual. De hecho, hoy se escribe muy visualmente, con imágenes, y se quita un poco los conceptos abstractos. La imagen es importante ahora porque la experiencia parte más de la sensibilidad que del concepto abstracto. Ese contacto con el mundo es a través de imágenes, de la televisión, de los videojuegos. Ahora los niños navegan en eso. El mundo de ellos es un mundo de imágenes. Hay que comenzar por su lenguaje. Cuando llegas como profesor de literatura a un colegio y les dices a los alumnos que tienen que leer un libro, los chicos responden: «mejor veo la película». Es el primer chiste que te hacen. Pero si vas con una cámara de video y les dices que hagan un documental sobre tal tema y que allí hay material que pueden ver, en ese caso sí consultan y leen. La palabra es un instrumento para expresarse con su lenguaje.

También hay una preocupación por los profesores de la escuela pública, que están muy mal capacitados. Ellos mismos no pasan los exámenes, no sé si racionales o no. Ahí hay un cruce generacional, de formación, de sensibilidad, entre el maestro y el alumno.

Hay que volver a capacitar casi desde cero a los profesores. Tal vez lo único rescatable en la formación de los maestros sea la parte sobre teorías de aprendizaje y psicología evolutiva. Pero el resto, la cuestión metodológica... Por ejemplo, los programas de educación no han tomado en serio el tema del lenguaje, que para mí es crucial. De ahí parte todo sobre la formación de profesores. Hay que hacerles ver cómo están pensando los jóvenes de ahora y cómo hay que tener esto en el contexto histórico. En América Latina hay un elemento muy importante que es la cultura andina, una cultura sobre todo oral. Y todavía no tomamos en cuenta el peso de la oralidad en la región andina para nuestra educación, un elemento indispensable para entender los lenguajes que estamos hablando y viviendo como cultura mestiza. Eso es una asignatura que tenemos pendiente como educadores, como trabajadores de la cultura, como investigadores. Pero eso hay que integrarlo a la educación e introducirlo en esta discusión de los nuevos lenguajes, y desde ahí educar a los profesores.

Volviendo a la pregunta inicial: ¿las recientes elecciones serían una demostración tangible de una gran brecha, de una política hecha por adultos en la cual los jóvenes no se ven reflejados? ¿Cómo entran ellos a la política? ¿O cómo incorporar a los jóvenes a la política?

Puede ser que los jóvenes estén a punto de parir una nueva manera de hacer política. Tal vez más a escala barrial, de ciudades o regiones, o de grupos no necesariamente geográficos. Veo indicios de eso. No sé si se logrará hacer otro tipo de política, pero leo así la mayoritaria despreocupación de los jóvenes por la política tradicional. No es que se despreocupen de hacer política entendida realmente a fondo, sino de la manera de hacer política, usando los grandes medios de comunicación, las grandes imágenes, la demagogia, la política fácil y las grandes carencias del pueblo pobre. Quizá nos sorprendan un día con una nueva manera de hacer política, suprageográfica, a otras escalas.